

# La brisa de Montejurra

PERU ERROTETA

EN la jerarquía de acontecimientos que configuraron la semana vasca ocupó un destacado lugar Montejurra. Los sangrientos sucesos del pasado año y la prohibición gubernativa del presente, despertaron los duendes de la imaginaria informativa, induciendo a decenas de periodistas y corresponsales gráficos a trasladarse a la capital navarra en busca de grandes noticias que no llegaron a producirse. De ahí que el interés del Montejurra 77 no esté tanto en la conmemoración de la agresión ultramontana, ni en el colorido folklórico de la fiesta, sino en el significado de la desautorización del acto y, más allá, en la discriminación de que es víctima el Partido Carlista.

En el tiempo transcurrido desde que balas integristas segaron dos vidas en los caminos de Irache, se han trastocado muchos códigos de conducta, a pesar de los claroscuros en que aún nos movemos. Entonces, un puñado de pandilleros fueron capaces de emplazar sus armas en el alto de Montejurra con guiños cómplices desde el poder y, después de matar, gozaron de la suficiente tolerancia como para retornar impunemente a sus nidos de conspiración. Los eternos fabricantes de fantasmas pretendieron hacer de la agresión un oscuro conflicto fratricida al margen de las coordenadas políticas, cosa que la misma fuerza de los hechos ha impugnado y que este Montejurra 77 ha venido a confirmar.

En la montaña de Estella, se ha dicho, el nuevo enfrentamiento entre Sixto y Carlos Hugo de Borbón. Aquello, como en repetidas ocasiones ha denunciado el Partido Carlista, fue una operación contra la democracia, gestada y ejecutada por la trama negra del fascismo. Y aquello no podía volver a repetirse en la presente coyuntura, porque los pretendidos partidarios de don Sixto, los que a toda costa tratan de zancadillear la voluntad de reconciliación, se han visto obligados a ceder terreno y a agazaparse aún más en sus cainitas trincheras.

Cuesta, por tanto, entender que la prohibición del Montejurra 77 estuviera basada en impedir una nueva reedición de los luctuosos incidentes del pasado año. Ausente el espectro de don Sixto y reducidos a polvo los nostálgicos de la provocación, junto a un Gobierno que se declara dispuesto a cortar el camino a la extrema derecha y

un Partido Carlista resuelto a asegurar el orden, hubiera sido suficiente garantía para poder celebrar sin riesgos el acto político.

Para los dirigentes carlistas el sentido último de la prohibición del Montejurra se encuentra en la frontera de un litigio con la Corona que algunas esferas del poder parecen encontrar

en la figura de Carlos Hugo, cosa que se sitúa más bien en las latitudes de la Historia que en las realidades del presente, ya que explícitamente el Partido Carlista ha desterrado cualquier pretensión legitimista aceptando la institución monárquica vigente. Han sido, sin embargo, esos temores y referencias al pasado —muy propios de los tiempos que corren— los que han colocado en el índice de los "no legalizados" a un partido que se proclama socialista y que si mantiene a su frente algunas figuras históricas es más bien como símbolo de reafirmación tradicional, ajeno a cualquier utopía dinástica.

El Partido Carlista, junto a una cincuentena más de grupos, sigue sin legalizar y, en consecuencia, según la óptica del Gobierno, sin personalidad jurídica para celebrar actos políticos. De ahí el considerable despliegue de fuerzas para impedir el acceso a Estella. Haber autorizado el Montejurra hubiera supuesto implícitamente un reconocimiento del Partido Carlista, estableciendo con ello un precedente difícil de mantener ante los sectores aún discriminados del quehacer político.

Aparece también otro argumento más en la prohibición del Montejurra que parece encajar con las desautorizaciones del Aberri Eguna y del Primero de Mayo. Sumergidos ya en la lista electoral, no parece resultar muy confortable para el Gobierno y para la vocación de futuro de algunos de sus integrantes cualquier acto político de la oposición susceptible de aportar dividendos a las urnas. Ya se dijo que aun a costa de perder imagen democrática, el Gobierno optó por la prohibición del Aberri Eguna ante la no descabellada posibilidad de que hubiera podido transformarse en un plesbítico por la autonomía de Euskadi. Algo parecido ocurrió con el Primero de Mayo, que de haberse celebrado libremente hubiera puesto de manifiesto el protagonismo de los trabajadores en el cambio político.

Y en el caso de Montejurra,

## Un trágico destino

### LA MUERTE DE DON FRANCISCO

#### JAVIER DE BORBON PARMA

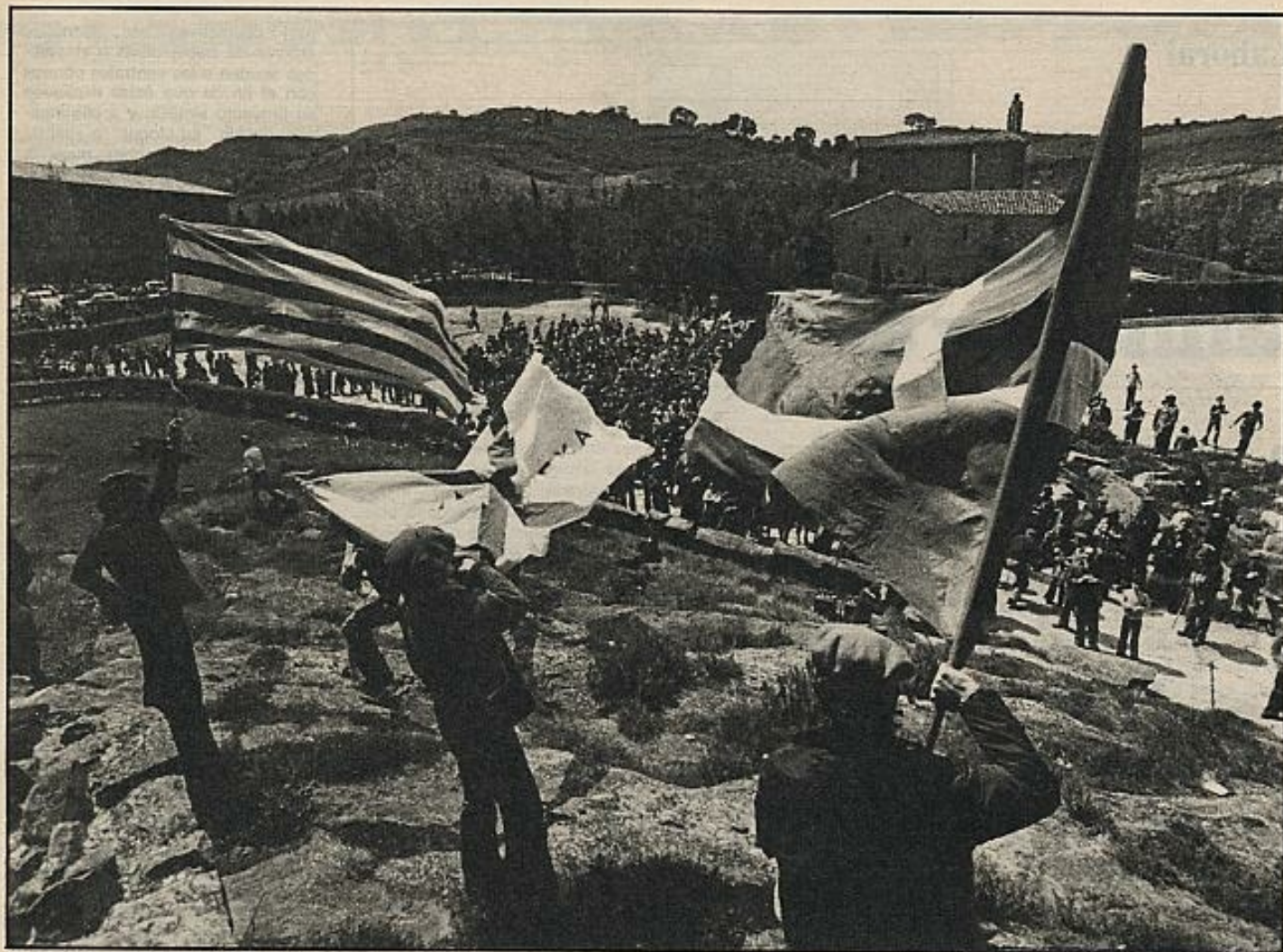
EN la montañaz y sobresaltada historia del carlismo español, que presume ahora de ciento cincuenta años de estancia en la legalidad, el príncipe Francisco Javier de Borbón-Parma es un personaje decisivo. Nombrado a sí mismo sucesor al trono de Carlos VII en cumplimiento de una disposición testamentaria de su tío Alfonso Carlos, su experiencia personal le llevó a conocer unas preocupaciones sociales de la izquierda mundial. El príncipe Javier fue "maquissard" en Francia, estuvo en guerrillas con partisanos comunistas y socialistas; con ellos compartió después la cárcel en Vichy y los campos de concentración alemanes —Dachau, Schirmeck-Natzweiler—; fue torturado —de las torturas le quedó una sordera— y condenado a muerte. Vio morir con entereza a sus compañeros procedentes de los partidos populares. De sus motivos dinásticos y clásicos de combate —en la primera guerra mundial era oficial del Ejército belga y volvió a combatir con él, como coronel, en la segunda guerra mundial— había pasado ya a comprender perfectamente los motivos ideológicos y de clase que se desarrollaban en lo que fue, al tiempo que un conflicto entre grandes naciones, una guerra civil europea. Príncipe de la sangre, que podía pretender al trono de Austria, al de Francia y al de España, había sido combatiente codo a codo y compañero de tortura y campo de concentración de campesinos y obreros industriales, de militantes.

Francisco Javier, que había ayudado de una manera decisiva al movimiento de Franco en 1936, con su orden de movilización del Reguete, había visto nacer y perecer al mismo tiempo en la guerra civil española la posibilidad de llegar al trono. Enemigo del nazismo y del prusianismo, había querido ya al principio de la guerra civil corregir ciertas tendencias políticas de la España de Fran-



co. Se convirtió en enemigo. Nacieron disidencias en sus propias filas carlistas: más tarde habría de verlas en sus propios hijos, Sixto y Carlos Hugo, aquel enraizado en la extrema derecha española, enarbolando la tradición antiliberal de sus más famosos antepasados; éste, admitiendo la idea de República, de federalismo, de alianza con la izquierda sin exclusiones. Se produjo el rocambolesco episodio de su supuesto secuestro: Carlos Hugo denunció por ello a su hermano Sixto y a elementos de la extrema derecha española. El príncipe Francisco Javier estaba ya enfermo de gravedad, pero aún pudo firmar un documento encargando a Carlos Hugo de la dirección del movimiento carlista: de un partido que, después de haber formado parte del Movimiento de 1936 y haber formado tronco ideológico en el Decreto de la Unificación que añadía al nombre de Falange la calificación de tradicionalista, y a la camisa azul la boina roja del Reguete, está ahora fuera de la ley y ve su solicitud de legalización pospuesta.

El príncipe Francisco Javier, muerto a los ochenta y ocho años en un hospital de Suiza, ha tenido un destino shakespeariano, pero ha legado a España un partido carlista renovado, actualizado, depurado de muchas cargas históricas, incluso de los problemas dinásticos de la lucha por la sucesión. ■



En la explanada de Javier, ikurriñas y senyeras, banderas verdes y blancas de Andalucía y blancas y azules de Galicia se alternaban con las rojas aspas de San Andrés.

de no haber mediado la prohibición, podría haberse quebrado la línea divisoria entre partidos legales e ilegales y, en el fondo, la constatación de una realidad discriminatoria.

Pese al ritual de los controles y del despliegue de fuerzas, Montejurra se celebró, porque, como dijo el secretario general del Partido Carlista: "Montejurra es cualquier parcela del Estado español donde los carlistas puedan celebrar un acto como el de Javier".

Ya desde la víspera se impedía el acceso a Estella. Coches y autobuses eran desviados hacia Pamplona u obligados a retornar, como en la localidad alavesa de Villarreal. Ya a última hora el Partido Carlista llamó a una concentración en el castillo de Javier, donde se celebró una Misa, a la que asistió María Teresa de Borbón, y a continuación un acto político, en el que José María Zabala y Mariano Zufia, secretario general de EKA, fustigaron al Gobierno Suárez, exigiendo una

explicación del porqué de su no legalización. "El Partido Carlista —dijo José María Zabala— ha intentado por todos los medios mantener un diálogo con el Gobierno y en todos los casos ha habido el mayor silencio como contestación".

"Nuestros objetivos fundamentales —agregó el secretario general del Partido Carlista— no son ni la legalización ni las elecciones, pero estos dos instrumentos nos eran sumamente necesarios para nuestra lucha política. No nos han legalizado, pero somos legales. No podemos ir a las elecciones como partido, pero vamos como independientes. Entramos en el juego con fuerte hándicap hoy, pero mañana será la más valiosa carta de crédito ante el pueblo".

Dirigiéndose a la oposición, el secretario general del Partido Carlista dijo que "contrae una grave responsabilidad, porque el resultado de las elecciones no puede ser un sistema democrático sin la legalización de todos los partidos y sin la

amnistía total". "Esperamos —agregó— que así lo entiendan y su presencia y su reconocimiento sirvan de palanca para alcanzar la libertad de todos".

En el acto político se leyó también un mensaje de Carlos Hugo en el que se destacaba la importancia política del momento, "en el que se pueden resolver aún los problemas políticos que siglo y medio de Historia han vuelto a plantear a España, constantemente y dramáticamente, sin llegar a soluciones. Es el momento en que una inmensa corriente de la opinión pública, en la esperanza de una solución pacífica que pueda garantizar la democracia, está dispuesta a colaborar con todos cuantos quieran el diálogo. Es el momento en que prácticamente las violencias han desaparecido ante tan sólo la esperanza de libertad".

En la explanada de Javier soplaban frío viento pirenaico. Jóvenes y veteranos, campesinos y gente de la ciudad, familias enteras seguían en profundo silencio las palabras de los orado-

res. Un mar de boinas rojas y blancas. Ikurriñas y senyeras, banderas verdes y blancas de Andalucía y blancas y azules de Galicia se alternaban con las rojas aspas de San Andrés. La tradición y el futuro se daban cita al pie de los regios muros de Javier. Los nombres de Aniano Santos y García Pellejero, grabados en las piedras de Montejurra, levantaban gritos de democracia y libertad. A la misma hora, la princesa Irene de Holanda atravesaba la frontera franco-española, escoltada por vehículos de la Guardia Civil. Poco antes había sido interceptada en un control instalado en Puento la Reina. Allí, junto al nuevo puente de hierro y al antiguo y solemne románico, la princesa Irene, de riguroso luto, fue retenida durante media hora. El zumbido de un helicóptero rompía la armonía primaveral de la agreste y acogedora Navarra. Y en Javier las palabras de Carlos Hugo: "Todos juntos izaremos en la brisa de la Historia la bandera de la democracia". ■